

“Las predicciones son siempre difíciles: especialmente las que se refieren al futuro”. Esta curiosa sentencia, atribuida a Yogi Berra¹ es particularmente aplicable al futuro de la guerra. Poco se puede decir con absoluta certeza sobre este fenómeno, salvo que continuará acompañando a la humanidad a lo largo de la centuria en la que nos encontramos, que **Colin Gray** se aventuró a definir como “otro siglo sangriento”².

Por su papel como potencia mayor con intereses globales que a menudo deben resolverse con el recurso al poder militar, los Estados Unidos se aplican intensamente a escrutar cómo será la guerra en el futuro. De forma poco sorprendente, dada la particular complejidad del entorno estratégico presente y del previsible a medio plazo, la producción literaria sobre el tema generada en círculos académicos y profesionales es ingente y diversa. La cacofonía de opiniones es tal que resulta impropio hablar de un punto de vista “americano” único sobre el futuro de la guerra pues, más que una opinión única, hay un interesante debate que continúa abierto.

Tras presentar el contexto en el que se enmarca la discusión, este artículo hace una revisión detallada de las distintas corrientes del pensamiento norteamericano sobre el futuro de la guerra. Entendiendo la importancia, actual y futura, de la tecnología, esboza a continuación el papel que ésta podrá tener en el fenómeno bélico futuro. Para terminar, desde el plano teórico, el artículo desciende al práctico para ver cómo acomete la administración norteamericana el problema de prepararse para las guerras por venir.

1. El contexto

Ninguna consideración intelectual ocurre en el ambiente aséptico de un laboratorio, sino en un contexto específico que influye sobre el modo de pensar de quien reflexiona. En el caso de los Estados Unidos y del pensamiento sobre el futuro de la guerra, ese contexto está sustentado en dos pilares fundamentales. El primero de ellos es el del inescapable bagaje cultural al que pertenece el individuo que piensa, que impregna cualquiera de sus actividades. El segundo es el que conforman las situaciones política y económica presentes, que constituyen la base de partida desde la que se imagina ese futuro, y que conviene no desatender si se busca que las reflexiones no abandonen el terreno de lo real.

Respecto al primer pilar, y sin entrar a describir el intenso debate intelectual que tiene lugar en los Estados Unidos desde los años setenta sobre el papel de la cultura en el pensamiento y acción estratégicos, y que sería objeto de otro trabajo, constataremos que su influencia en este ámbito se produce a través de lo que se conoce como “Cultura Estratégica” y de la consideración de la experiencia histórica reciente.

El concepto de “Cultura Estratégica” postula que los actores estratégicos tienden a tomar decisiones y a actuar estratégicamente de acuerdo con sus presupuestos culturales. Es decir: un español piensa y actúa estratégicamente como un español; un alemán, como un alemán; y un norteamericano, como un norteamericano. Según esta idea existiría, por tanto, un “American Way of Warfare” específico y distinto al de otros actores, que marcaría el modo en que los americanos piensan sobre la guerra.

¹ Yogi Berra (1925-) es un renombrado jugador americano de béisbol, célebre por su uso del inglés en frases absurdas y llenas de humor.

² De este modo ha titulado Colin S. Gray un libro publicado en el año 2005, en el que trata sobre el futuro de la guerra. Colin S. Gray, *Another Bloody Century. Future Warfare*, (London: Phoenix, 2005).

Algunos autores se han aventurado a definir los rasgos de ese “American Way of War” propio de la Cultura Estratégica estadounidense³. Con variaciones, suelen coincidir en que los norteamericanos tienen una peculiar dificultad para hacer un uso “estratégico” del poder militar que conecte su empleo a los fines de la política, tendiendo a asimilar la victoria militar con la consecución del objetivo estratégico, lo que impide que aquélla se traduzca en una ventaja política. Igualmente generalizada –aunque fuertemente criticada–, está la idea de que los norteamericanos muestran una aversión cultural a las bajas⁴, lo que estimularía otro rasgo cultural americano, que sería el de la fuerte tendencia a las soluciones estratégicas basadas en la tecnología, una de cuyas manifestaciones sería, por ejemplo, el favorecimiento del empleo de la potencia de fuego sobre otras opciones.

La experiencia histórica reciente es el segundo componente del pilar cultural sobre el que se sustenta el pensamiento sobre la guerra. Para los norteamericanos, aquélla está jalonada por dos hitos que han alterado el orden internacional imperante desde el final de la Segunda Guerra Mundial: el hundimiento del bloque comunista a finales del siglo XX, y los atentados del 11 de septiembre de 2001. El primero dejó a los Estados Unidos como única potencia global, desató una serie de guerras “menores” intraestatales y, a menudo, irregulares, y favoreció la epifanía de su abrumadora superioridad tecnológica militar americana en DESERT STORM (Kuwait, 1991) y ALLIED FORCE (Kosovo, 1999) lo que, a su vez, constituyó el caldo de cultivo sobre el que se desarrollaron ideas como la de la Revolución en los Asuntos Militares (RMA), que profetizaban una guerra en la que la tecnología levantaría para siempre la “niebla de la guerra” de la que hablaba Clausewitz⁵, a la vez que permitiría una victoria rápida y, virtualmente, sin bajas. El segundo, además de evidenciar la vulnerabilidad del territorio norteamericano al terrorismo, elevado a la categoría de estrategia y de “enemigo” contra el que se declaró una “Guerra Global”⁶, sirvió para ahondar una implicación militar norteamericana en Oriente Medio que ha convertido el terrorismo y las tácticas irregulares en un modelo a imitar, que abrió una herida entre los Estados Unidos y sus aliados europeos, que están sometiendo a las Fuerzas Armadas a una fuerte tensión por mor de los continuos despliegues operativos de sus unidades, y que ha prácticamente triplicado el gasto militar, desde los algo más de 260.000 millones de dólares en 2000, a los cerca de 700.400 (sin suplementos) presupuestados para 2011⁷.

El segundo pilar del contexto, el de las situaciones económica y política presentes, está marcado por la crisis financiera que comenzó en 2008, y por el peculiar y complejo entorno estratégico en el que vivimos actualmente. Los Estados Unidos de hoy se encuentran en una encrucijada económica en la que confluyen factores como la crisis financiera ya mencionada, un problema crónico de déficit y deuda pública (que en estos momentos supera el 100% del PIB, en manos chinas en gran medida)⁸, y un gasto militar creciente desde 2001, que lastran las cuentas de un país que comienza a plantearse la sostenibilidad de su modelo económico y el futuro de su liderazgo global.

El entorno político y estratégico actual genera ríos de tinta de tal caudal, que resulta difícil referirse a él sin caer en lugares comunes. Es lógico que así sea, pues no en vano es la base sobre la que se hacen las proyecciones de futuro. En dos palabras, podríamos definirlo como complejo y en proceso de transición, desde una

³ Entre estos trabajos, destacan algunos como los de Colin S. Gray; “National Style in Strategy: The American Example”, *International Security* 6, no. 2 (Fall 1981); Antulio J. Echevarría II; “Toward an American Way of War”, Strategic Studies Institute, Carlisle, PA, March 2004, o Thomas G. Mahnken “United States Strategic Culture”, SAIC From Science to Solutions, Washington, DC, 13 Nov 2006.

⁴ Ver Antulio J. Echevarría II “American Strategic Culture: Problems and Prospects” en *The Changing Character of War* (Oxford University Press, 2011).

⁵ Carl von Clausewitz (ed. Michael Howard y Peter Paret), *On War*, (Princeton, NJ: Princeton University Press, 1976), 120.

⁶ La respuesta americana a los atentados fue denominada genéricamente por la administración del presidente George W. Bush como “Global War on Terror”.

⁷ Información elaborada con datos de la Office of Management and Budget (OMB), tomados de su página web en <http://www.whitehouse.gov/omb> (accedidos el 21 de Diciembre de 2012).

⁸ www.usgovernmentspending.com (accedida el 23 de Diciembre de 2012)

situación de poder –incluso el concepto mismo de “poder” está sujeto a revisión⁹– norteamericano indiscutible, a otra en la que los Estados Unidos verán una disminución relativa del que poseen con respecto a otros actores que irán adquiriendo un peso cada vez mayor en la escena internacional.

Coincidiendo con la implicación militar norteamericana en Oriente Medio, y en parte aprovechando esta circunstancia, otros países, como China, Brasil, India o Rusia, han experimentado en las dos últimas décadas crecimientos económicos sostenidos de dos dígitos, y comienzan a mostrar una firmeza cada vez mayor en sus pretensiones de ver correspondida su capacidad económica con un mayor poder para conformar la escena internacional de una manera favorable a sus intereses. Como efecto secundario, la coincidencia de este ascenso con la profunda crisis económica que azota a Occidente, debilita el *soft power* americano al poner en tela de juicio su modelo económico y ofrecer a los países en desarrollo otros más atractivos.

Junto a estas nuevas potencias, otro grupo de países viene a añadir complejidad a la arena internacional. Es el que podríamos etiquetar como “grupo de los proliferadores”. En él se encuentran algunas naciones como Pakistán, poseedora de capacidad nuclear, junto con otras, como Irán o Corea del Norte, con pretensiones de potencia regional, y que aspiran a mejorar su *estatus* internacional haciéndose con una capacidad nuclear que les dé acceso al restringido club de las naciones que ya la poseen. Este grupo es especialmente preocupante por su alta capacidad desestabilizadora a niveles regional e, incluso, global.

El cuadro se completa con la incertidumbre imperante en estos momentos sobre la evolución de los procesos de cambio que se están operando en el mundo árabe en lo que se conoce como el “Despertar Árabe”. Occidente en general y, desde luego, los Estados Unidos, contemplan estos procesos con esperanza y preocupación. Con esperanza, por el aire de libertad que pueden traer a estos países, y la oportunidad que ofrecen de incorporarlos al grupo de las naciones democráticas. Con preocupación, porque la evolución de estos movimientos es incierta y puede derivar en una mayor inestabilidad global y en un mundo árabe aún más hostil a los intereses de los Estados Unidos. La situación que vive Siria actualmente, o el triunfo de los Hermanos Musulmanes en Egipto y la deriva que parece estar tomando el país, por mencionar sólo dos ejemplos, justificarían esta inquietud.

Todo lo anterior ocurre en medio de un creciente proceso de globalización sustentado en parte en un desarrollo asombroso de las tecnologías de información, que incrementan la interdependencia global, y que ponen en manos de grupos no estatales, y hasta de individuos, resortes de poder y capacidades que hasta hace poco, por su alto coste, estaban exclusivamente en las manos de los estados, y con las que pueden explotar las vulnerabilidades de las sociedades liberales avanzadas¹⁰.

Como resumen, y siguiendo a Nye, podemos decir que el mundo asiste a sendos procesos de **redistribución y difusión del poder**¹¹ catalizados por ciertas tendencias como la demanda creciente de recursos, la rápida urbanización de muchas regiones litorales, el cambio climático, la posibilidad de que se desencadenen nuevas pandemias, o las tensiones demográficas en algunas regiones¹², que vuelven las relaciones internacionales más fluidas y complicadas. Por el primero de los procesos, el poder global, en manos hasta ahora, casi exclusivamente, de los Estados Unidos, estaría experimentando un cambio por el que las naciones emergentes adquirirían un mayor poder cuya imagen especular sería la consecuente pérdida relativa de poder de los Estados

⁹ Sobre este tema, ver Joseph S. Nye, Jr. *The Future of Power*, (New York: Public Affairs, 2011)

¹⁰ Mackubin Thomas Owens, “Reflections on Future War”, *Naval War College Review* 61, no. 3 (Summer 2008): 66.

¹¹ Joseph S. Nye Jr. *The Future of Power*, (New York: Public Affairs, 2011), 113.

¹² “The Joint Operating Environment 2010”, United States Joint Forces Command (USJFCOM), 18 de Febrero de 2010.